

A. SAIZ DE BUSTAMANTE.

---

# DE LAS DESIGUALDADES SOCIALES

—❖—  
DISCURSO PRONUNCIADO

EN EL

ATENEO DE JEREZ DE LA FRONTERA

LA NOCHE DEL 21 DE ENERO DE 1899.



JEREZ

Imprenta de «El Guadalete» á cargo de Martín Díaz

Calle Compás, número 2

1899.

# DE LAS DESIGUALDADES SOCIALES.



DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR

**D. Amalio Saiz de Bustamante**

EN EL

ATENEO DE JEREZ DE LA FRONTERA

LA NOCHE DEL 21 DE ENERO DE 1899.



**JEREZ**

Imprenta de «El Guadalete» á cargo de Martín Díaz,

Calle Compás, número 2.

1899,

EL autor cree conveniente hacer á sus amigos (únicos entre quienes habrá de repartirse el centenar de ejemplares que constituye esta edición) las siguientes

ADVERTENCIAS:

- 1.<sup>a</sup>—Que á pesar del natural deseo de dar á cada uno lo suyo, quedan aún en el discurso, sin indicación de su procedencia, algunas frases ajenas: frases leídas ó escuchadas no sabe dónde, ni cuándo.
- 2.<sup>a</sup>—Que á pesar de la declaración oficial de suficiencia, no sabe bastante latín para leer directamente algunas obras citadas: al reproducir, pues, sus palabras lo hace bajo la fe que le merece la competencia y la honradez literaria de los traductores.

*El Autor*

---

---

SEÑORES :

Ocupo esta tribuna, á la cual voluntariamente nunca hubiera llegado, por el respeto que me inspira alguien á quien vosotros respetáis y admiráis tanto como yo. Suya y no mía debe ser la responsabilidad de las molestias que os cause mi incompetencia en el asunto, tampoco voluntariamente elegido, de la cuestión social.

Efectivamente; que la cuestión social sea una *cuestión de estómago*, como con lenguaje un tanto naturalista dice Schaffle, que sea una cuestión moral como quieren muchos, que sea una cuestión jurídica como pretenden otros, yo no tengo autoridad ni como economista, ni como filósofo, ni apenas como jurisconsulto para terciar en el debate: si tercio, pues, lo hago como un disciplinado ateneísta que acata resignado los mandatos de sus superiores jerárquicos en esta casa. Pero protestando lealmente, con toda sinceridad, que no habéis de hallar en mí, ni una solución más ó menos utópica, ni un átomo de doctrina, ni una idea rigurosamente original.

Hé aquí por qué coloco á la cabeza de mi diser-

tación las palabras que un ilustre ingeniero italiano escribía con bien distinto motivo, pero que condensan exactamente mis propósitos: «*Io ho meno in mente di persuadere, che di far pensare.*» Yo efectivamente no tengo el propósito de convencerlos ni de persuadirlos de nada; intento sólo, que penséis conmigo durante una hora en las desigualdades sociales, raíz y origen del pavoroso problema.

\* \* \*

Deben, los que de buena fe se dedican al estudio de la Historia, sufrir grandes desalientos y amargas tristezas: yo de mí sé decirlos que, acaso por no haber profundizado bastante en el examen de las leyes que rigen el desarrollo de la Humanidad, he sentido más de una vez vacilar mi fe en la perfectibilidad y en el progreso del humano linaje. Choques sangrientos, luchas sin tregua, tiranías y envilecimientos, abismos de odios y de venganzas. Esta es la Historia, largo catálogo de las desdichas humanas, triste inventario de todas las injusticias y de todas las iniquidades.

Si alguna vez este cuadro de sombras y desolación parece embellecerse con tal cual fugitivo período de calma, ó con la luz que sobre él proyecte la doctrina de un grande hombre que predica la paz y el amor, bien puede asegurarse que es aquél, como microscópico oasis que hace parecer el desierto más triste y solitario y tenebroso, y que la llama del genio, para decirlo con la frase de un escritor, sólo alumbrá la triste noche de la Historia «como iluminan las ruinas los siniestros resplandores del incendio.»

No he de referiros estas luchas cuya historia es la historia entera de la Humanidad; la conocéis mejor que yo: pero permitid que os diga que adonde quiera que volvamos los ojos encontraremos el mismo espectáculo: dos grupos de hombres peleando como lobos hambrientos, por la posesión del mezquino pedazo de pan que, sólo á costa de grandes esfuerzos entrega la avara Naturaleza: hé aquí la cuna de nuestras desdichas, la raíz de nuestros infortunios: el vencedor se apodera de todo, el vencido se queda sin nada y á merced del vencedor; surgen las enormes desigualdades entre los hombres: la fuerza ó la astucia las crea, el derecho las legitima, las religiones las consagran; aparece el disfrute de todos los goces junto al sufrimiento de todas las penalidades, el hambre al lado de la hartura, el lujo enfrente de la miseria, luchando eternamente por destruirse y engendrándose eternamente. Así nacen las castas y las clases y la esclavitud y la servidumbre: se clasifican los hombres en libres y esclavos, en patronos y clientes, en siervos y señores, en pobres y ricos: así vemos brotar esa planta maldita de las desigualdades sociales á las orillas del Ganges sagrado y en las riberas del fecundo Nilo, bajo los pórticos del Partenón y en las laderas del Taigeto, sobre las siete colinas de la ciudad dominadora del mundo y á las plantas del castillo señorial y del convento cristiano: crecer y desarrollarse, bajo el régimen de las teocracias orientales, y en la democrática Atenas y en la aristocrática Esparta y en la conquistadora y guerrera Roma, y en la cristiana Edad Media y en la revolucionaria y demoladora Edad Moderna: vencer y triunfar

siempre de las doctrinas de los filósofos y moralistas, de los violentos embates de las revoluciones populares, de las misericordiosas predicaciones de Budha, de la Biblia, del Corán y del Evangelio. Siempre y en todas partes opresores y oprimidos, hartos y hambrientos, desigualdad y contraste.

Un ligerísimo recuerdo bastará á demostrarlo: viven los bracminas y los nobles indios rodeados de todos los prestigios, amparados de todos los derechos, con un fausto, un esplendor y unas riquezas, que al decir de un historiador causaron la admiración de los compañeros de Alejandro; en tanto el desventurado *soudra* y el más que desventurado *paria*, arrastran trabajosamente la existencia, execrados como malditos de Dios, manchando cuanto toca su sombra, haciéndose reos de muerte por el enorme delito de aproximarse á un guerrero ó de posar sus ojos pecadores en los sagrados libros de los Vedas, víctimas, en fin, de todos los desprecios y de todas las humillaciones.

Trescientos cincuenta mil esclavos que arrastran sus cadenas por el suelo de la *libre* Ática, oyen de labios del más grande de los trágicos, que los esclavos no tienen dioses y aprenden del más grande de los filósofos que se diferencian de los ciudadanos como el cuerpo del alma, como el bruto del hombre; mientras la *severa* Esparta, la que había proclamado á la cabeza de sus leyes «la libertad es el bien supremo de las sociedades civiles», organizaba cacerías de indefensos ilotas, de aquellos ilotas que al decir de Montesquieu «soportaban toda clase de trabajos fuera de la casa y toda clase de insultos dentro de ella», de aquella desventurada muchedumbre que regaba de esa ma-

nera «con su sangre el mismo campo que había hecho fecundo con sus sudores.» El desenfrenado egoísmo de un monarca, su completa insensibilidad para el dolor ajeno, hace surgir sobre las arenas del desierto, la orgullosa pirámide: es el mausoleo de un Faraón, la morada de un cadáver humano. Veinte años, según Herodoto, trabajaron 100.000 hombres en la construcción de la gran pirámide de Cheops: ¡100.000 hombres, realizando durante veinte años, esfuerzos sobre-humanos, agobiados bajo el látigo del capataz, escena frecuentemente reproducida en las pinturas egipcias, para levantar la tumba de un solo semejante, de su misma carne mortal! Con razón exclama el historiador inglés Jorge Rawlinson: «han logrado transmitir su nombre á remotas edades; pero sólo como tiranos y opresores, tienen para el mundo fama, pero fama de infames.»

¿No bastan estos datos? Miremos la historia de Roma, de esa Roma cuyo Derecho nos han inducido á considerar como la «razón escrita»; ¿qué encontramos en ella? Encontramos una lucha inacabable entre dos clases por el disfrute de la fortuna pública: trescientos ciudadanos dando su vida por la ley agraria de Tiberio Graco; tres mil haciendo el mismo sacrificio por la reforma de *Cayo*; trescientos mil muriendo en la guerra social; un millón de desesperados inmolándose heroicamente en el altar santo de la adorada libertad, durante la guerra de los esclavos. Encontramos Emperadores divinizados, que salpican con polvo de oro las arenas del Circo y miserables gladiadores comprados para teñir con su sangre aquellas arenas y divertir al poderoso; patricios enriquecidos

que tienen propiedades como reinos, y plebeyos menesterosos que venden para comer su voto ó su puñal; damas enloquecidas que disuelven perlas de Oriente en el vaso de sus amantes, y miserias esclavas, compelidas á comerciar con su honor para acrecer las rentas de sus señores; palacios maravillosos alzados sobre inmundas ergástulas, un puñado de Lúculos y Crasos que devoran en una cena la fortuna de una familia, y un hambriento enjambre de 300.000 indigentes socorridos diariamente por el tesoro de la ciudad.

Será en vano que los bárbaros arrasen hasta los cimientos el fastuoso edificio de la Roma imperial; en vano que desde la cima de una humilde colina de la Judea se proclame á la faz del mundo el principio de la fraternidad universal; la irritante iniquidad, triunfadora siempre, vuelve á retoñar á despecho de la renovación social, á pesar de la doctrina de Cristo.

El oprimido se llama ahora siervo de la gleba; adscrito al terruño, tiene en él la consideración del instrumento y son para otro hombre el fruto de sus sudores, el esfuerzo de sus brazos, el honor de sus hijas, su existencia entera, pues que de la vida del siervo sólo al Cielo debe cuentas el señor. Inútilmente pretenderán los oprimidos sacudir el ominoso yugo de la servidumbre, como los labradores ingleses del siglo XIII ó los aldeanos alemanes del XVI, alzándose contra sus espoliadores, sedientos de venganza, constituyendo «el ejército cristiano» ó «la hermandad del Evangelio» transformando las hoces y guadañas de sus campos en instrumentos de matanza y esterminio: vencidos siempre y arrollados por el poder de la disciplina

social, la iniquidad dura y persiste llegando hasta el siglo XVII en Italia y en Inglaterra, hasta el XVIII en Alemania y Francia, hasta nuestros mismos días en la autocrática Rusia que, con un decreto del Czar de Marzo del 61 pudo romper las cadenas de cincuenta millones de siervos.

\* \* \*

Perdonad, señores, si abusando de vuestra bondad, os he hecho recorrer este largo vía-crucis de la dignidad humana, siempre atropellada y escarnejada: contentos podríamos apurar las amarguras de este triste examen, si al cabo la viéramos surgir esplendorosa del seno de tantas tinieblas, si la pudiéramos contemplar alzándose victoriosa y triunfante sobre las negras ruinas de tantas miserias.

Los tiempos pasados establecieron como ley fundamental de su existencia, la desigualdad y la injusticia, y lograron, como dice un historiador, que el hombre viera en cada semejante un extraño, en cada extraño un enemigo, en cada enemigo una presa: los pueblos del Norte con su culto de la personalidad humana, el Cristianismo predicando la igualdad de todos los mortales, hijos de un mismo Dios; la Revolución francesa proclamando los derechos del hombre, habrán destruido aquellas barreras infranqueables, alzadas entre hermanos por la tiranía de los unos y el envilecimiento de los otros: ya todos serán libres, todos iguales, todos hermanos. ¿Es esto cierto? Como cierto nos lo dan los preceptos de nuestras leyes, los discursos de los oradores, los escritos de los publicistas, las enseñanzas de las Universidades y sin embargo...

Hoy como ayer la miseria y la opulencia se cruzan en nuestras calles: la humanidad sigue siendo el compuesto de los que tienen más dinero que apetito y de los que tienen más hambre que dinero: pertenecen á unos el disfrute de las riquezas, los santos goces de la familia, las puras emociones de las ciencias y de las artes, el ejercicio de todos los derechos; mientras el hambre y la orfandad y la ignorancia y el envilecimiento constituyen fatalmente el amargo patrimonio de los otros.

Podrán las leyes de los pueblos cultos haber abolido el despotismo y los privilegios, pero los pobres no encuentran quien les haya redimido de la tiranía del hambre, «mil veces más insopportable que la tiranía de los reyes»; podrán haber reconocido todos los derechos, pero los pobres no encuentran quien les haya dado medios para ejercerlos; podrán haber proclamado la igualdad, pero una triste experiencia les hace entender que no existe en la tierra ni la igualdad de la fosa; podrán haber consagrado la libertad, pero un átomo de la realidad que pesa más que todas las palabras de todas las lenguas, les hace comprender bien pronto que para ellos no existe más libertad que la de optar entre el mendrugo ó la muerte.

Hoy como ayer, los hombres aparecen divididos en dos grupos: (1) nacen los unos en medio del fausto y de la opulencia, siendo recibidos como una bendición del cielo; sabios maestros se encargan de dirigir su inteligencia por el camino de la

---

(1) V. la Advertencia 1.<sup>a</sup>

verdad; un capital adquirido tal vez sin esfuerzos, les da el dominio del mundo y les liberta del anatema del Paraíso. Nacen los otros en medio de la miseria y de las privaciones; son recibidos con zozobra porque traen un problema insoluble al seno de la familia; aprenden de limosna, si los aprenden, los primeros rudimentos del saber humano; trabajan hasta la extenuación para conseguir un insuficiente pedazo de pan, y viven condenados á una miseria fatal é irremisible, sin más esperanza para la vejez que el pórtico de una iglesia para mendigar, el lecho del hospital para morir y un exiguo pedazo de tierra en la fosa común para descansar.

Sí, señores; á pesar de todas las teorías, á despecho de todas las declamaciones, vive entre nosotros el legítimo heredero del braemina indio, del Faraón egipcio, del patricio romano y del señor feudal; y á su lado el desventurado sucesor del paria y del ilota, del obrero de las Pirámides, del esclavo y del siervo.

El mundo moderno puede justamente vanagloriarse de su riqueza y de su prosperidad. Se han dominado, hasta esclavizarlas, las energías de la Naturaleza; nuevos cultivos arrancan de la tierra extraordinarios rendimientos; complicados mecanismos multiplican maravillosamente la producción, las ciencias parecen haber investigado todas las leyes del Universo; las artes sorprendido todos los secretos de la belleza; es este, el fruto de los esfuerzos de cien generaciones, el capital acumulado por los siglos, la herencia de la Humanidad. Un hombre que nace en el seno de estas opulentas sociedades, parece tener el derecho de disfrutar



estas conquistas debidas al trabajo, á los esfuerzos de sus antepasados, y sin embargo... pedirá cándidamente su parte en el caudal hereditario, y la sociedad le contestará que él pertenece al enorme montón de los *desheredados*; intentará aplicar las energías de sus músculos á un instrumento, á una máquina, y le harán entender que todas las máquinas y todos los instrumentos son de otro; tal vez improductivos y estériles, pero de otro; pretenderá aplicar su trabajo á la tierra y hallará *apropiada* toda la tierra productiva, y las leyes le cerrarán el paso diciéndole que la propiedad es sagrada é intangible; querrá instruirse y la inexorable ley de la necesidad le detendrá en el mismo dintel del recinto de la sabiduría; cansado de luchar, acaso interrogue á la religión: ¿no somos todos hermanos, hijos del mismo Padre? y la religión le contestará: «sufre y resignate, esta vida no es la vida»; quizás desesperado invoque el derecho á vivir, y la Filosofía le enseñará que el que no trae á la vida medios para conservarla, debe perderla; desfallecido y hambriento, mendigará un pedazo de pan y escuchará de labios de cualquier malthusiano, «debes morir, porque no hay cubierto para tí en el banquete de la vida.»

¡Ah, señores! Yo sé muy bien que la injusticia de los unos no justifica el nefando crimen de los otros, pero tampoco ignoro que el hombre desesperado es la más temible de las fieras, y temo mucho que esos *condenados á muerte* de nuestras sociedades no encuentren francos más que dos caminos: ó el de engrosar las repletas filas de la legión del pauperismo buscando el bálsamo de sus dolores en su propio envilecimiento ó el de su-

marse á esas hordas furiosas que fian la redención de sus sufrimientos á la hoz, al puñal ó la dinamita; y ¿es este el fruto de nuestra brillante civilización? ¿Dónde está el fondo religioso de nuestras sociedades, levantadas sobre la triple vergüenza del fusil, el presidio y el cadalso? ¿dónde el progreso intelectual y moral de nuestras grandes poblaciones, núcleo aparatoso ceñido por un anillo de ignorancia y de pobreza, nauseabundo vertedero de todas las inmundicias sociales? ¿dónde el tan decantado progreso económico en una organización que da por resultado el minero sin lumbre, el albañil sin hogar, el tejedor desnudo y el labrador hambriento?...

¿Pero es que no puede destruirse este desequilibrio que amenaza constantemente la estabilidad del edificio social? ¿Es que la miseria no tiene remedio, y si lo tiene, dónde está? Hé aquí el problema.

\*  
\* \*  
\*

Prescindiendo de tecnicismos peligrosos, huyendo cuanto sea dable de los aparatosos *ismos* del encasillado científico, sacrificándolo todo á la claridad, conerretaré mi pensamiento diciendo que, como remedio al mal lamentado, apenas si los hombres han practicado sistemáticamente más que uno solo; *la limosna*: la limosna espontánea, fruto de la caridad privada: la limosna obligatoria, por medio de la Beneficencia pública.

Libreme Dios de dirigir la menor censura al cumplimiento de estos piosos deberes; yo sé que la caridad es esa hermosa virtud que seduce las almas, mueve los corazones, eleva y dignifica

al hombre; que es la base, la esencia, el fundamento de la moral cristiana; que es el más terminante de los preceptos divinos; que es el móvil de muchos actos heroicos: ¡lástima grande que con ser todo esto y mucho más que mi torpe palabra no acierta á describir, no pueda remediar el mal; acaso porque la caridad de nuestras sociedades sea una caridad relativa, atenuada, mezquina; no la caridad verdadera, no la caridad evangélica, no la caridad *absoluta* y *total* de que habla algún comentarista de Tolstoi!

Yo no sé si dentro de nuestras sociedades habrá llegado, el hombre, á cumplimentar debidamente el precepto divino de «amar á Dios sobre todas las cosas», pero sé que es muy difícil que llegue á prestar los debidos acatamiento y respeto al de «amar al prójimo como á sí mismo»: vienen al mundo el mayor número con benéficas inclinaciones, pero hay muchos motivos para sospechar que tuvo razón Rousseau, al afirmar «que el hombre nace bueno y la sociedad le deprava»: lo cierto es que hoy, como ayer, acaso más que nunca, se ha convertido el *dinero*, como de sus tiempos decía un ilustre filósofo español y católico «en instrumento universal del honor, dignidad, soberbia, vida y muerte, de todo, en fin, porque todo lo medimos por el dinero; y subido á tan alto precio, no hay nadie que no piense que se han de hacer diligencias para adquirirle y *conservarle* por todos los caminos; el que lo adquiere es tenido por sabio, señor, rey, hombre de admirable consejo y talento, mientras el pobre es reputado por necio, despreciable y apenas hombre.» Convertido así el dinero en llave maravillosa que franquea todas

las puertas, ¿quién ha de mermar su peculio y el de su familia cediendo á los impulsos caritativos?

La consideración que la sociedad otorga al rico, el disfrute de todos los goces y el ejercicio real de todos los derechos, reservados al dinero; la conveniencia del lujo para ser estimado en sociedad, las leyes sucesorias, estimulando á un insaciable acaparamiento, de tal suerte dificultan los movimientos del ánimo hacia la misericordia, que casi la anulan: réstame sólo agregar que la que, á pesar de todos estos obstáculos, subsiste, es tan ciega, tan indeliberada, que con frecuencia es estéril y á menudo pernicioso, porque fomentando el vicio crea el mendigo de profesión, y bien sabido es que, como dijo un escritor, «el mendigo es el ladrón del pobre.»

El hecho es que nunca los Estados han esperado de la pródiga munificencia de la compasión privada el remedio del mal: bien lo prueban el látigo y la marca y las amputaciones y la rueda y el cadalso, penalidadalzada contra la mendicidad y la vagancia, durante muchos años, en las legislaciones de los pueblos más *cultos* de la *culta* Europa: bien lo podrían probar también los 72.000 ahorcados por los mismos delitos, en Inglaterra, durante el reinado de Enrique VIII. Ha faltado, sin duda, valor para llevar hasta sus últimas consecuencias este sistema radical, que hubiera concluido, seguramente, con las miserias de la Humanidad, y discurrióse la Beneficencia.

Ha sido esto sustituir la Caridad privada con la Caridad legal: puesto que los hombres no eran voluntariamente misericordiosos, hacerlos caritativos y benéficos de real orden. No es lo peor, se-

ñores, que esta tutela del Estado, envuelva una negación del principio de la libertad individual en que, al menos aparentemente, se fundan los Estados modernos: no es lo peor que se desvirtúe el hermoso sentimiento de la compasión, trocándolo en el penoso deber de satisfacer un tributo: no es lo peor que por el desarrollo lógico del sistema y el crecimiento progresivo del presupuesto de la miseria se llegue indefectiblemente al tan temido *comunismo*: es lo más malo, que proponiéndose remediar un mal, sólo consiga agravarlo. Destinando una porción del caudal social á un consumo improductivo, le aparta definitivamente de la producción; haciendo pesar sobre las clases trabajadoras de la sociedad el mantenimiento de los que no trabajan, aumenta sus necesidades y disminuye sus medios: restando, por medio del impuesto, algo de la ganancia del que no gana más que lo preciso, le precipita á él también en la miseria y le obliga á aumentar las legiones de los que necesitan ser socorridos. No es extraño, en vista de esto, que los que se dedican al estudio de estos fenómenos, hayan podido observar un desarrollo del pauperismo *paralelo* al de los socorros destinados á aminorarle, llegando algún autor á decir, que «el grado de indigencia de un pueblo es *exactamente proporcional* á las cantidades destinadas al socorro de los pobres»: ni es extraño tampoco que los Comisarios de pobres, de una nación que, hace tres siglos vive bajo el régimen de caridad legal, no hayan vacilado en declarar oficialmente, que «si Inglaterra (que es la nación aludida) hubiere arrojado al mar, todos los años, doble número de millones del des-

tinado al cumplimiento de las leyes de socorros, habría ganado mucho en riqueza, en industria y en moralidad.» En moralidad sobre todo, señores: porque no son solamente económicos los funestos resultados de la legislación filantrópica; son principalmente de orden moral. Ya se adopte el sistema del socorro domiciliario, ya se recluya á los indigentes en esas casas que sin propósito de ofender pudiéramos llamar presidios de la pobreza, nadie podrá impedir que se maten los sentimientos del alma á cambio del mantenimiento de las fuerzas del cuerpo: y en uno ó en otro caso, ó el pobre inmola su dignidad en aras del hambre, devorando antes que el mendrugo oficial su propia vergüenza, acostumbándose á mentir para aumentar el socorro, degradándose y envileciéndose siempre, porque «es difícil que sea severo consigo mismo, quien ha empezado por humillarse ante un semejante»: ó sacrifica los santos lazos del hogar y de la familia, su independencia y su libertad, mendigando como única redención de su pobreza, su prisión en un asilo.

Un solo detalle para completar el cuadro: la manipulación de este complicado mecanismo de la Beneficencia, está en manos de la Administración pública: de la Administración pública que en todas partes impurifica y ennegrece cuanto toca. Sería crueldad evidente, reproducir ante vosotros el nauseabundo espectáculo de los asilos nocturnos, tantas veces pintados y con tan negros colores, de las casas inglesas de trabajo, calificadas por alguien de *antesalas del crimen*: sería inútil además para vosotros, que en esta misma tribuna, y de labios de un elocuente juriconsulto, habéis

escuchado la triste pintura de nuestras casas de maternidad y de expósitos; para vosotros, que en las valerosas denuncias de nuestra propia prensa, habéis aprendido, con amargura y con indignación, cuántos horrores caben entre las cuatro paredes de un Hospicio provincial. Nó, la Administración es siempre torpe, insensible, perezosa, negligente, á veces, muchas veces, desgraciadamente, no es ni honrada: triste es confesarlo, pero parecen escritas ayer las palabras con que hace tres siglos fustigaba Vives á los administradores de los Hospitales de Brujas; «son gentes, decía, que engordan y lucen hasta con la sustancia de los mismos débiles y enflaquecidos pobres.»

En suma: á pesar de los laudables esfuerzos de muchos ricos caritativos, la caridad al uso no llena, no puede llenar los abismos de las desigualdades sociales: porque «no es verdadero socorro el que deja al socorrido en condiciones de necesitar socorro»; porque el paliativo es una medicación sintomática que deja subsistente la raíz del mal: porque con razón ó sin ella, el pobre no ve en la limosna más que una restitución incompleta de aquello que se le debe y porque con razón ó sin ella hoy el pobre no mendiga, pleitea y pide justicia, no compasión ni misericordia. El que observa estos hechos, bien puede afirmar que todas las formas de nuestra compasión actual, no podrán impedir que el mundo siga lleno de hartos y hambrientos; no podrán impedir que nuestra sociedad se hunda en ese mar de lágrimas y de dolores en que parece habrá de sepultarse, si Dios no lo remedia, nuestra más brillante que sólida civilización.

\* \* \*

En este pleito secular entre la miseria y la riqueza, ya sabemos lo que ofrecen los ricos: pero ¿qué piden los abogados defensores de los pobres? Dar cumplida respuesta á esta pregunta sería tanto como reproducir ante vosotros el cuadro complicadísimo de todas las organizaciones imaginadas, desde la «República» de Platón, fuente inagotable de todas las utopías, hasta la tremenda *pan-destrucción* de Bakounine, desde las radicales reformas propuestas por Saint-Simon, Fourier, Owen, Proudhon, Karl-Marx, Lasalle y Kropotkine, hasta el socialismo cristiano y católico, hasta el posibilismo socialista contemporáneo, hasta el candoroso misticismo de Bondaref, y de Tolstoy. Encerrándome dentro de los estrechos límites que me marca el escaso derecho que tengo yo á contar con vuestra paciencia, me limitaré á decir que todas ellas ven el origen de las desigualdades sociales en una defectuosa organización de la sociedad y pretenden alterar ésta, variando las condiciones de la producción y de la distribución de la riqueza, absorbiendo el individuo en el Estado, poniendo como norte de sus aspiraciones más que la libertad, la igualdad. Es frecuente que estas teorías no despierten más que dos sentimientos; el terror ó el desprecio: pues bien; lo único que yo me propongo decirlos respecto de ellas es que deben ser observadas, estudiadas, discutidas incesantemente sin desdén y sin miedo. Sin miedo, porque no es conveniente confundir los principios de una doctrina con los procedimientos acaso violentos y salvajes que se preconizan para implantarla: porque el estudio de esas teorías es el estudio de los nobles idealismos, de los sueños generosos con que gran-

des hombres de todos los tiempos han procurado, aunque ilusoriamente, redimir á la Humanidad de la esclavitud de la miseria: en fin, hasta por egoísmo, porque en esta batalla de intereses, el que tiembla es un vencido antes de la lucha.

Sin desdén sobre todo: sería imprudencia peligrosísima desdeñar organizaciones tan temibles como el anarquismo, que cuenta, según una estadística recientemente publicada, con ochenta mil afiliados en nuestra patria, doce mil de los cuales pertenecen á la región andaluza; organizaciones como el partido socialista, que al decir de Pablo Iglesias «cuenta con 9 periódicos de propaganda en España, 70 en Italia, 80 en Austria, otros tantos en Francia y 160 en Alemania: que interviene la gestión de un número crecido de municipios de varias naciones, teniendo *mayoría* en muchos y dominando exclusivamente en algunos de gran importancia como Marsella y Narbona y que ha logrado con el esfuerzo de sus votos llevar 11 representantes á las cámaras danesas, 14 á las austriacas, 15 á las italianas, 31 á las belgas, 45 á las francesas y 48 á las alemanas.»

Nó: el problema se impone y sus peligros no se conjuran con estériles declamaciones sobre la resignación del pueblo: el pueblo ciertamente es capaz de todas las abnegaciones, pero es también capaz de todas las venganzas; y aun sin esto, las democracias modernas, regidas por el voto de las mayorías, no podrán aplazar indefinidamente la solución de la cuestión social, y un día llegará en que habrán de hallarse frente á frente el partido de los que todo lo poseen y el partido de los que nada tienen; la inmensa mayoría de los deshere-

dados y la exígua minoría de los ricos: ¿qué ocurrirá entonces? Permitid que para responder á esta pregunta lo haga amparándome tras de la autoridad poco sospechosa en este caso de lord Macaulay: «Vendrá un día, dice, en que la multitud hambrienta nombrará sus legisladores; ¿es posible dudar sobre quién será el nombrado? De un lado el estadista predicando la paciencia y el respeto á los derechos adquiridos; de otro el demagogo, clamando contra la tiranía del capital y preguntando por qué unos beben vino de Champaña y se pasean en coche, mientras otros hombres honrados carecen de lo preciso: ¿quién será el preferido por el obrero que acaba de oír á sus hijos pedir pan? ¡Ah! entonces vuestra República (se refiere á los Estados Unidos) será devastada en el siglo XX como lo fué el Imperio Romano en el siglo V, con esta diferencia; que los devastadores del Imperio Romano, venían de fuera, mientras que los vuestros serán los hijos de vuestro país y la obra de vuestras instituciones.»

\*  
\*  
\*

Por mucho que yo lo lamente, no puedo, sin apurar mis escasas fuerzas y vuestra casi inagotable benevolencia, hacer, en este momento, como fuera lógico, la exposición y crítica de las teorías socialistas y anarquistas: es posible que esta omisión, de todo punto involuntaria, preste á mi modesto trabajo, algo de indecisión y de vaguedad: debo, sin embargo, confesaros lealmente que acaso, el estudio de estos sistemas, dejara, para vosotros, en la misma indeterminación mis pensamientos: ¡no lo extrañéis, señores! Los tiempos

son de dudas, de vacilaciones, de desconfianzas; y con razón ha podido decir un escritor de universal renombre que «el hombre de nuestros días sólo ve ruinas detrás de sí, confusión á su alrededor, sombras y tinieblas en el porvenir.» Mas porque no pueda pensarse que mi humilde labor en esta noche, es sólo de críticas y de negaciones, he de hacer, antes de terminar, una afirmación, una sola, valga por lo que valiere: vedla aquí:

La cuestión social tiene su origen, no tanto en una, á todas luces, defectuosa organización de la sociedad, como en la ignorancia y en la perversión de los individuos: radica, principalmente, sobre el cerebro y sobre el corazón del hombre: instruirle y moralizarle sería resolver el problema.

Podrán y deberán el Estado y la sociedad, cada cual en su caso, cambiar las reglas de su organización presente, dejando de proteger, exclusivamente, los intereses de un grupo, para amparar todos los intereses humanos merecedores de amparo y de protección: podrán y deberán borrar de las leyes, todos aquellos preceptos que aparezcan dictados por el egoísmo de una clase: modificar la propiedad, porque aunque el principio fuera intangible, las formas son transitorias y accidentales: variar la legislación sucesoria, favoreciendo la desconcentración de los capitales: amparar al débil en el contrato de servicios: dar al pobre la seguridad de ser escuchado ante los tribunales de justicia: garantizar el ejercicio del sufragio: abolir privilegios tan irritantes como la redención á metálico é impuestos tan justamente abominados como el impuesto de consumos: favorecer el nacimiento y desarrollo de organismos como los jura-

dos mixtos y como las sociedades cooperativas de crédito, de producción y de consumo y... mil cosas más: pero toda esta complicada labor, resultará al cabo perfectamente estéril, si no se consigue que el hombre se mueva, más que por el ejercicio de su derecho, por los estímulos del cumplimiento de su deber: si no se logra que la transformación se verifique, como dice un distinguido catedrático español, «de dentro á fuera, por la sugestión de buenos instintos en todos, pobres y ricos, señaladamente en los ricos»: (1) en una palabra, si no se intenta la reforma social, por la reforma del individuo: porque, cierto es, como dice el Sr. Azcárate, que la sociedad es algo más que la suma de los individuos que la constituyen, del mismo modo que una casa es algo más que la aglomeración de los materiales que la forman: pero no es menos cierto que para el más hábil de los arquitectos, sería obra imposible la de construir un edificio sólido con materiales descompuestos y podridos.

Instruir y moralizar: hé aquí la obra. Pero si, para la instrucción, algo puede esperarse del Estado y de la sociedad, por medio de la enseñanza obligatoria y gratuita, con tanto ahinco, recientemente reclamada en nuestra patria; por medio de la creación de escuelas de artes y oficios en todas partes; por medio del sostenimiento de centros de difusión de la cultura como éste en que tengo el inmerecido honor de hablaros: para la moralización, ni es posible desear la intrusión del Estado en las conciencias, ni hay que tener esperanza de

---

(1) Posada. — Prólogo al *Derecho civil y los pobres*, de Menger.

que en la sociedad, formen las costumbres honradas y severas, los mismos que se aprovechan de que no existan, y es preciso volver los ojos á algo que no tenga su raíz entre los hombres; á algo que sea como de fuera del mundo; á algo que sea exterior y superior á él; este algo, bien podría ser la religión: hé aquí por qué piden algunos, yo creo que con justísima razón «un retorno de la Humanidad al Cristianismo»: (1) pero al Cristianismo.

No sin cierto recelo pronuncio estas palabras: por eso me apresuro á protestar de que no existe, para mí, nada tan respetable como las opiniones ajenas, sinceramente profesadas y noblemente defendidas: las mías no deben seros sospechosas: en tierra cristiana nací y en el seno de una familia cristiana, y á gran fortuna lo tengo: cristiano soy y abrazado á la cruz quiero morir y á la sombra de sus brazos redentores descansar: pero acaso por esto mismo pienso que debe decirse la verdad, sin frases hechas, sin convencionalismos hipócritas, con los cuales quizás logremos engañarnos á nosotros mismos, difícilmente engañamos á los demás, seguramente no engañamos á Dios: ahora bien; yo veo el espíritu de Cristo, flotar sobre las sublimes palabras de las obras de misericordia y del sermón de la montaña, «dad de comer al hambriento, dad de beber al sediento, vestid al desnudo; bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos... los que lloran, porque ellos serán consolados... los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán

(1) N. M. Mateos.—*La verdadera y la falsa democracia.*

hartos»; le veo en los fraternales ágapes de las Catacumbas; en el generoso desprendimiento de los primeros cristianos, que arrojaban sus bienes á los pies del altar, para ser repartidos entre sus hermanos los pobres: en la ardiente caridad de una Santa Isabel de Hungría, de un San Vicente de Paul, de un San Roque, de un San Juan de Dios, de un San Francisco de Asís: le veo aún hoy en la sublime abnegación de esas santas mujeres que renunciando á los placeres del mundo, consagran su existencia entera al niño abandonado, en la casa de expósitos; al anciano desvalido, en los asilos; al moribundo, en los hospitales; al herido, en los campos de batalla... pero yo no le encuentro, por más que quiera verle, en esa codicia manifestada desde los primeros siglos, que ocasionó tan duras disposiciones contra las imprudentes prodigalidades de las mujeres y contra los legados á los confesores; (1) que dió lugar á tantas lamentaciones de nuestras Cortes y á tan terminantes decretos de nuestros católicos reyes: (2) que obligó al filósofo Vives á censurar «una disciplina según la cual nada se administraba de balde y que abominando del vocablo vender, obligaba, sin embargo á comprar»; (3) y que dictó la tremenda acusación de San Antonio de Padua contra ciertos sacerdotes de su tiempo, «mercaderes, más que sacerdotes, decía, que suben á su Tabor, que es el altar, y desde él, tien-

(1) C. Cantú.—*Hist. unio.*—Ep. VIII.

(2) Santamaría.—*Derecho político.*—Hist.

(3) Luis Vives.—*Del socorro de los pobres ó de las necesidades humanas.*

den las redes de su avaricia para pescar el oro del mundo»; (1) yo no le veo en esas prácticas poco caritativas por virtud de las cuales se prodigan los sonidos de las campanas y las armonías de los coros y el brillo de las candelas de los altares y el perfume de los incensarios y el esplendor de los ornamentos, en las alegrías y en las tristezas de los poderosos, mientras se regatea una humilde cruz de palo que colocar delante del entierro del menesteroso católico; y por virtud de las cuales se consiente sin una protesta enérgica y constante que, aun en el mismo recinto igualitario de la muerte, en el campo-santo, se alcen sobre los siete palmos de tierra en que á la postre, caben todas las vanidades humanas, los mármoles y los broncees en honor del rico, mientras se arroja desdeñosamente, en la fosa común, el cadáver del desvalido, cubierto, más que por la tierra del planeta, por el polvo en que se han convertido sus antepasados, tan pobres y tan desventurados como él.

Nó: si el Cristianismo ha de influir poderosamente en la solución del problema social, si ha de atraer esas enormes masas de hombres que hoy viven completamente alejados del templo y de Dios, será conveniente que suenen alguna vez en el oído de los ricos las palabras de un San Ambrosio, de un San Juan Crisóstomo, de un San Gregorio de Niza: «Nadie, dicen, puede llamarse propietario de lo que le queda después de satisfechas sus necesidades naturales; lo sacó del fondo

---

(1) *Sermones Sancti Antonii*.—París, 1641.—Citados por C. Cantú.

común y sólo la violencia puede conservárselo.» (1) «Como ladrones que asaltan los caminos son los ricos, y convierten sus casas en cavernas, donde guardan sus tesoros.» (2) «El que pretende apoderarse de todo con exclusión de sus semejantes, no es un hermano, es un tirano, un bárbaro cruel, una bestia feroz, cuya garganta está siempre abierta para devorar el alimento ajeno.» (3) Será preciso hablar algo menos de resignación á los pobres, y más, mucho más de caridad á los ricos; será preciso recordar siempre, que, como dice un historiador católico, «el secreto de la influencia de las órdenes mendicantes sobre el pueblo, estuvo, en que partían con él, el pan de cada día» (4); será preciso convencer á muchos pseudo-cristianos de nuestros días, de que los preceptos de Cristo son algo más que el cumplimiento hipócrita y mezquino de las prácticas externas; algo más que un «formalismo estéril é infecundo» (5).

No me digáis que esto constituye la imposible tentativa de hacer de la sociedad humana una sociedad de santos: es sólo el deseo de verla convertida en una sociedad de hombres honrados y buenos, cosa que, no sin violencia, puede decirse de la actual. Pero si aun esto fuera un sueño y una utopía, si aun esto fuera imposible, convenid conmigo en que no habrá más remedio que echarse en brazos de la más negra de las desesperaciones,

---

(1) San Ambrosio.—*Serm. 64, in Luc.*—Cap. XVI.

(2) San Juan Crisóstomo.—*De Lázaro*.—Cencio 1.

(3) San Gregorio de Niza.

(4) C. Cantú.—*Historia Universal*.

(5) G. Azcárate.—Discurso en el Ateneo de Madrid.



y afirmar con los pesimistas, que «la Humanidad es un conjunto de tontos, bribones y bandidos»: que «la vida es un anhelo sin satisfacción, y en ella la fatalidad es la ley, la prosperidad un sueño, la miseria la única realidad»: que «la tierra es una cárcel, ocupada por reos de ignorado delito; una prisión tenebrosa, un abreviado infierno, asiento sombrío del eterno dolor y del eterno llanto» (1).

Nó, yo no puedo creer esto; yo no quiero creerlo: prefiero pensar que la Humanidad está aún en la infancia y que un día llegará en que se borren los abismos que separan á los hombres; en que los santos lazos de la fraternidad liguén á todos los hijos del mismo Padre; en que rijan el mundo la justicia y la misericordia; y en que, desde toda la redondez del planeta, se eleve á los espacios infinitos, con armonías inextinguibles, el himno con que la Humanidad, completamente redimida, cante las alabanzas del Infinitamente justo, del Infinitamente misericordioso.

HE CONCLUIDO.



---

(1) Chanfort, Benlloch y Revilla.